

Después de *El Mundo Hundido* saldrán *Los Cuentos Rusos* que Ud. conoce casi en totalidad. Los *Siete Años en la América del Sur* van a seguir, si tengo tiempo de añadirle dos capítulos que últimamente he proyectado. Lo malo es que en este momento estoy aplastado bajo una tarea formidable. Los artículos en *El Liberal* y aún las raras correspondencias a *El Mercurio* me toman demasiado tiempo y cada vez hay que dejar algún trabajo que me apasiona particularmente: escribo una novela, *Los Caminos de la Verdad*, que, por su extensión, será algo como *La Guerra y la Paz* de Tolstoy. Con esto estoy lejos de insinuar que su valor literario pueda aproximarse a la obra de nuestro genio ruso. Apenas concluí de planear aquella obra, apenas escribí el prólogo y empecé el primer capítulo, me vino a la cabeza la idea de escribir un *Misterio del Alma Rusa*, y escribirlo en forma de una pieza de teatro, de un oratorio; escribirlo en la forma que tanto me gusta; decir cosas complicadas dirigiéndome no sólo a los iniciados, sino a los corazones ingenuos, para que me entiendan sabios y niños. . . No sé si me explico; pero ya verá Ud. en qué dificultades me encuentro. *No duermo; vivo en un mundo fantástico en que las visiones místicas, la acción teatral, la música, el texto y la realización decorativa forman un caleidoscopio que el pensamiento sigue con dificultad. Vivo una existencia doble. Hay alguien que me dicta cosas maravillosas y antes de que exclame: «Oh! . . . qué bello es esto!», me dice otras y otras, sin descansar, sin que el espectáculo feérico se detenga un solo instante. A veces creo que estoy delirando. Si no me vuelvo loco, saldrá algo; pero ¿cuándo?*

Hay una especie de angustia en esta última interrogación.

Debemos pensar que para Paul Schostakowsky la vocación literaria ha venido como «el demonio de mediodía»: nunca se consideró escritor antes de los cincuenta años y ahora todas las imágenes, las sensaciones y las emociones de una vida entera, en medio de los acontecimientos más extraordinarios de la historia, con aventuras que sobrepujan las invenciones más inverosímiles de los novelistas, todo ese mundo entero se aprieta en la puerta y quiere salir.

Si alguna vez podemos considerarnos en presencia del drama que representa el creador y su obra es, ciertamente, en este caso.

¿Cuál será el resultado?

En el ambiente nuestro, no sería dudoso: la atmósfera de helado positivismo, de aplastamiento práctico, aniquilaría a breve plazo semejante hervor. Ese hombre iluso perdería su único tesoro que es su ilusión. Y todos nosotros lo perderíamos con él.

Pero no está aquí.—A L O N E.

<https://doi.org/10.29393/At55-12SDEO10012>

Stalin, dictador bolchevique

DESDE las columnas de *The Fortnightly Review* (1) el escritor inglés C. Erwarton ha trazado de Stalin una silueta tal que ni la propia mujer que lo echó al mundo podría reconocerlo. En esa silueta, en que la pasión contradice la proverbial sobriedad literaria de

(1) Véase *Atenea* N.º 53.

los escritores británicos, Erwarton no vacila en acudir a términos panfletarios, prodigando la línea gruesa de la caricatura y las violencias de la diatriba, con lo cual más que biógrafo parece adversario que empuñase la pluma en lo más recio y vinagre de una borrascosa campaña electoral.

Esa es la tragedia de la Rusia bolchevique y de su hombres: encuentran apologistas y detractores a montones; rara vez críticos. Intentemos cumplir nosotros esa tarea con relación a Stalin, o procuremos hacerlo, que en verdad un espectador rara vez puede parecer integralmente desapasionado frente a las realidades o a las ilusiones de su tiempo.

Stalin es hoy una de las figuras políticas más discutidas de Europa—escribe nuestro autor—y hasta la fecha nadie hay que pueda gloriarse de haberle sacado de su hermetismo «enragé»; continúa siendo un verdadero enigma para los de fuera y aun para los de dentro del ex-imperio moscovita.

El señor Stalin es, pues, un enigma que ningún escritor de cuantos se han ocupado de Rusia—y hay algunos de cierta cultura—ha podido descifrar. Pero no. El propio señor Erwarton, más hábil que los otros, logró conseguirlo. Oigámosle:

Entre sus dotes prominentes—las de Stalin—estarían (y es opinión de personas menos autorizadas que el señor Erwarton): una astucia política digna de Macchiavello, una voluntad enérgica e inflexible, un cerebro privilegiado y una personalidad de poderoso magnetismo, cualidades todas dirigidas firme y avasalladoramente a la consecución de un fin: la realización de un programa de política exclusivamente personalista.

Mas eso no puede corresponder a la realidad.

Su aspecto nada tiene de particular—esta vez es Erwarton quien opina—; nada hay en él que revele inteligencia, nada que demuestre una personalidad, no tiene ni siquiera presencia. La impresión que da es más bien la de un hombre tosco, de un plebeyo estúpido. Lo único digno de notarse en él son los ojos, unos ojos de color azul deslavado y pizarroso, unos ojos que jamás dejan asomar un rayo de inteligencia, sino que eternamente aparecen como dormidos, como muertos en su cara de morena y curtida tez. A primera vista no se ve en ellos más que una idiotez mansurróna, pero pronto la fijeza impertinente con que os miran os da la clave del enigma. Stalin no os contempla a través de su mirada impenetrable, sino parapetado, por decirlo así, tras de esa mirada glacial, ocultándose tras ella, y pronto comprenderéis que se trata de un hombre ladino, que oculta su pensamiento tras de aquella mirada hiriente e implacable.

Analicemos: «La impresión que da es más bien de un hombre tosco, de un plebeyo estúpido...» A mí Stalin me hizo, a la inversa la impresión de un hombre extraordinariamente atra-

yente. Rostro de facciones energéticas, enmarcadas en cabelle-
ra desordenada de artista, de hombre de batalla. Ojos
dotados de esa suerte de magnetismo que no es raro encon-
trar en los rusos; imperativos, decidores, chispeantes de inte-
ligencia. Lo conocí en ocasión del entierro de Leonidas Krassin,
embajador del Soviet ante la corte de Saint James, al cual me
tocó asistir en Diciembre de 1926, durante mi estada en Moscú.
Stalin habló en aquella ocasión y su discurso apenas duró dos
o tres minutos, los suficientes para hacer, con la elocuencia
impresionante de la sobriedad, un retrato fiel del camarada
desaparecido, cuya memoria honraban en aquellos instantes
los hombres más fuertes y acaso los más inteligentes de Rusia.

Stalin—según Erwarton—no está, sin embargo, desprovisto de cierta tosca
dignidad. La dignidad del patán sin educación, que no sabe lo que son ner-
vios, que conoce su poder y que no se deja impresionar por los llamados ce-
rebros de primera clase, que a veces encuentra en su camino.

Díganlo si no Lunacharski, fundador de la instrucción so-
viética, el canciller Chicherin, Rikov, presidente del Consejo
de Comisarios del Pueblo, y tantos otros... Si tales hombres
no han logrado acuerdo intelectual y moral con Stalin, su com-
pañero de gobierno, ¿cómo pueden permanecer aún en sus
puestos, dada la incontrarrestable influencia política de éste?,
y ¿cómo han podido llevar a la práctica, con audiencia y con-
sideración de las realidades, el programa de Lenin?

Sigue Erwarton:

Obsesionado con la idea de retener el poder supremo a toda costa y de ejer-
cer la dictadura más absoluta de que hay memoria en la historia de los pue-
blos, Stalin sacrifica constantemente el prestigio y el programa del Partido
Comunista, del que usa y abusa para sus propios designios. El hermético Sul-
tán de Eurasia tiene astucia para servir sus propósitos personales y lo ha con-
seguido por medio de una nueva Guerra Santa, la guerra contra la intelligen-
cia del universo. Podemos afirmar categóricamente que Stalin es la represen-
tación genuina de la lucha entre la bestia primitiva y austera y el hombre
civilizado.

Stalin sacrifica a la propia ambición el prestigio y el programa
del Partido Comunista. ¿Hemos oído mal? Pues bien, para
apreciar mejor esta afirmación ponderada, hagamos sucinta
historia de la oposición trotskista que durante algún tiempo
llenó la vida política de Rusia. Trotzki, ese ilustre lugartenien-
te de Lenin, pretendía que había de darse a la política bolche-
vique rumbos más ortodoxos, más acordes con el leninismo,
pues, a su entender, las tendencias capitalistas y burocráticas

iban ganando terreno en la Unión. Stalin sostuvo que aún no era llegado el momento de dar el paso adelante, previsto por Lenin, y que era antes menester fortalecerse en las posiciones alcanzadas, dar nuevo impulso a las actividades económicas, aguardar.

La revolución social en un solo país es imposible—sostenía Trotzki—, hay que perseguir su estallido mundial. La revolución social en un solo país—replicó Stalin,—es posible: doce años de existencia de la Rusia bolchevique lo demuestran.

La oposición, fuerte con el apoyo de hombres de esclarecida inteligencia, formuló un programa de acción que la mayoría hubo de impugnar. La oposición fué vencida en el seno del Partido y en el pleno del Congreso Pan Soviético. No cejó, sin embargo, en sus propósitos, y Stalin dispersó a sus dirigentes, confinándolos o exilándolos; tarea ingrata en que la pasión pudo poner amargura y violencia, pero con la cual un gran principio quedó en salvo: la disciplina del Partido. Vencida la oposición, viose, sin embargo, que diversos puntos de su programa eran de realización posible o útil. Y el Congreso Pan Soviético, asesorado por Stalin, acordó la aplicación de aquellos. ¿Es el concepto de un hombre «que no se deja impresionar por los llamados cerebros de primera clase»?

Pero no, es un «cerebro estúpido», «un patán».

Oíd a Erwarton:

Desde la cumbre de su poder no irradia más que asombrosos destellos de la más crasa ignorancia. Es un hombre que nunca ha leído nada. Demuestra una musulmana indiferencia por todas las cuestiones de interés general.

Recuérdese para ejemplo ilustrativo, su lucha con la oposición trotskista...

Por increíble que parezca, Stalin está completamente a oscuras en todas las cuestiones técnicas y doctrinales del partido comunista y hasta en los problemas diarios que en este terreno se suscitan.

Pero, cabe preguntar, ¿quién escribió las numerosas obras, folletos, discursos, etc., que llevan impreso el nombre y el estilo de José V. Stalin?

Otra pregunta ha de hacerse, también, todo lector que no esté huérfano del instinto de discurrir: ¿Y cómo un sujeto tan vulgar, grosero y deleznable, tan desprovisto de las más elementales condiciones de estadista, ha podido hacer predominar su influencia y su criterio de modo tan singular, tan rei-

terado, en medio de un conclave de especialistas y de hombres eminentes, como suelen ser los dirigentes del bolchevismo?

Erwarton rastrea la clave de tan extraordinario misterio remontándose hasta el comienzo de la enfermedad de Lenin (1), época en que Stalin llegó al cargo de Secretario General del Partido Comunista de Rusia, y de ahí lo sitúa en las artimañas maquiavélicas (no olvidemos que se trata de un *plebeyo estúpido*) con que logró derrotar a Kameneff y Zinovieff, sus compañeros de gobierno a raíz de la muerte de Lenin, y a la astucia empleada para incautarse del control administrativo y político del partido comunista, o sea del timón de la Unión Soviética.

Para juzgar de las calidades que le dieron el triunfo, no estarían de más algunas citas del informe oficial presentado por

(1) Erwarton reproduce, *sin citar texto*, la siguiente declaración que supone hecha por Lenin, acerca de Stalin, «en una de sus últimas instrucciones al Partido Comunista»: «Stalin debe ser removido de su puesto de secretario general, pues de otro modo su cabeza de cerdo y su idiotez y su egoísmo pueden causar serias disensiones y más tarde graves conflictos.»

Trotzki, adversario enconado pero leal de Stalin, reproduce en su libro *La verdadera situación de Rusia* el llamado Testamento de Lenin, afirmando su autenticidad, negada por los stalinistas. En ese documento se lee lo siguiente respecto al jefe bolchevique: «Creo que el factor fundamental en la cuestión de la estabilidad—desde este punto de vista—lo constituyen los miembros del Comité Central: Stalin y Trotzki. Las relaciones existentes entre ambos constituyen, a mi juicio, más de la mitad del peligro de esa escisión que puede evitarse, y cuya evitación podría conseguirse, a mi parecer, elevando a cincuenta o ciento el número de miembros del Comité Central. Al pasar a ser secretario general, el camarada Stalin ha concentrado en sus manos un poder enorme, y no estoy seguro de que sepa emplearlo siempre con suficiente cautela. Por otra parte, el camarada Trotzki, como lo ha demostrado su lucha contra el Comité Central a propósito de la cuestión del Comisariado de Vías de Comunicación, se distingue no sólo por sus excepcionales facultades (personalmente es, a buen seguro, el hombre más capacitado del actual Comité Central), sino también por su excesiva confianza en sí mismo y su propensión a dejarse atraer demasiado por el aspecto puramente administrativo de las cuestiones.

«Estas distintas *cualidades de los dos jefes más capacitados del actual Comité Central* podrían conducir impensadamente a una escisión. Si nuestro partido no adopta medidas para evitarlo, esta escisión puede producirse de modo inesperado.»

Más adelante, en ese mismo documento, Lenin recomendaba el reemplazo de Stalin. El fundador de la Unión Soviética preveía, con genial visión, las dificultades que habrían de suscitarse más tarde, y sus simpatías personales lo inclinaban naturalmente en favor de Trotzki, que fuera el lugarteniente de toda su acción gubernativa. En las dos citas de Lenin, como puede verse, se nota contradicción flagrante para juzgar a Stalin. ¿Sería aventurado suponer apócrifa la que hace Erwarton, sin indicación de texto?

Stalin al XV Congreso Pan Soviético. Dijo el Secretario General del partido (1):

Hay muchos lados negativos que no podemos ni debemos ocultar, puesto que somos bolcheviques. En primer lugar tenemos el paro, que debemos hacer desaparecer o reducir, a toda costa, al mínimo. En segundo lugar, la insuficiencia de habitaciones obreras, la crisis de alojamientos, que igualmente debemos vencer y reducir al mínimo en los próximos años. Se observa cierto recrudecimiento del antisemitismo, no sólo en ciertas capas medias, sino también en ciertos círculos de nuestro partido. Hay que luchar implacablemente contra este mal. Otro lado negativo es el aflojamiento de la lucha antirreligiosa. En fin, tenemos en nuestro país una cultura muy atrasada, no sólo en el sentido amplio, sino también en el sentido estrecho de la palabra, en el sentido de la más elemental cultura, puesto que el porcentaje de iletrados en la Unión Soviética sigue siendo todavía considerable.

Como se ve, no es calidad desdeñable en un hombre de estado, en un conductor de pueblos, decir la verdad lisa y llana, la verdad que no halaga, la verdad en que se exhiben los errores cometidos y se confiesan los éxitos no alcanzados aún. Esa fuerte sinceridad no abunda, precisamente, ni en los políticos ni en la política mundiales.

Por otra parte, el señor Stalin sólo sirve dos cargos públicos: el de Secretario General del Partido Comunista y el de Comisario del Pueblo de Nacionalidades. Otros son los jefes visibles, otros los hombres que detentan los honores oficiales. Puede argüirse, sin embargo, y no sin razón, que el cargo que Stalin desempeña en la Oficina Política de su partido, equivale a la efectividad de un poder dictatorial extraordinario. Mas, en todo caso, no parece propio de un hombre mediocre el preferir la realidad del mando desprovisto de oropeles, y denota poca honradez moral el dejar que los especialistas, los técnicos, los hombres experimentados en una larga práctica—Chicherin, Kalinin, Lunacharski, etc.—ocupen los cargos en que han sido y pueden ser útiles. Stalin procede, de tal modo, a la inversa de Primo de Rivera o de Mussolini. ¿Es eso ser vulgar?

Y ello sin insistir en que la dictadura bolchevique de Rusia es una dictadura ideológica, desempeñada por hombres que tienen un programa y lo proyectan sobre su acción y sobre las realizaciones determinadas por su acción. Estudiemos, a mayor abundamiento, los resultados prácticos del gobierno de Stalin y de sus colaboradores, en el terreno de la economía nacional rusa. Por sus frutos los conoceréis, se lee en el Evangelio.

(1) Stalin: *Los errores de Trotzki y la situación en la Unión Soviética.*

El porcentaje del aumento anual de la producción de nuestra industria socialista y del conjunto de nuestra industria—declaró Stalin al Congreso Pan Soviético, en el mismo Informe cuyos aspectos sombríos ya hemos transcrito—supera el aumento de la producción de cualquier país capitalista.

Y añade, acompañándose siempre de cifras oficiales: Por la intensidad de su desarrollo, nuestra industria en general y nuestra industria socialista en particular rebasan el desarrollo de la industria de los países capitalistas (1).

¿Es esto fracasar? Y si confesamos que hay una base de triunfo, confirmada por la realidad de doce años de gobierno en línea ascendente, a pesar del daño, a pesar de las injusticias y de los crímenes que pudieron cometerse, de las violencias inútiles y de todos los errores difíciles de evitar en una dictadura de revolución social en crisis de guerra civil, ¿no hemos de reconocer que los hombres que han conseguido triunfar en tales circunstancias, y sostenerse en el poder y crear tales realidades, son hombres superiores?

Mas, para que la crítica sea justa y menos incompleto el retrato, debemos reconocer en Stalin, como su mayor defecto, un espíritu apasionado y rencoroso. Su actitud para con Trotsky, vencido y en exilio, aparece desprovista de generosidad y resulta absurdo en hombres de tan grandes y relevantes calidades el empeño con que se esfuerzan en disminuir la figura épica de Trotzki, negándole servicios, restándole méritos, discutiéndole valores que están incorporados ya a la historia y consagrados por ella. Pequeñeces de los grandes hombres. . .

Que después de Lenin Trotzki es, sin discusión, la segunda figura del primer período de la Revolución Rusa, como Stalin es la figura primordial del segundo período.—EUGENIO ORREGO VICUÑA.

El conferenciante, personaje de esta hora

EN esta hora de resurgimiento espiritual—¡que ojal se prolongue!—, en que nuestro pequeño mundo artístico pasa por lo que yo he llamado «era de las disertaciones literarias», conviene, sin duda, decir algo acerca del arte de la conferencia, que en otros países existe y se cultiva con verdadera delectación: en Francia, por ejemplo.

Es un arte difícil.

André Rousseaux, joven crítico francés, colaborador habi-

(1) Stalin. Obra citada.